

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas



Director:

Luciano Carrouché

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné

Jacobo Waisman - Dívico A. A. Fürkorn - Luis Marforio

Enero-Febrero de 1916

Núms. 31-32



775

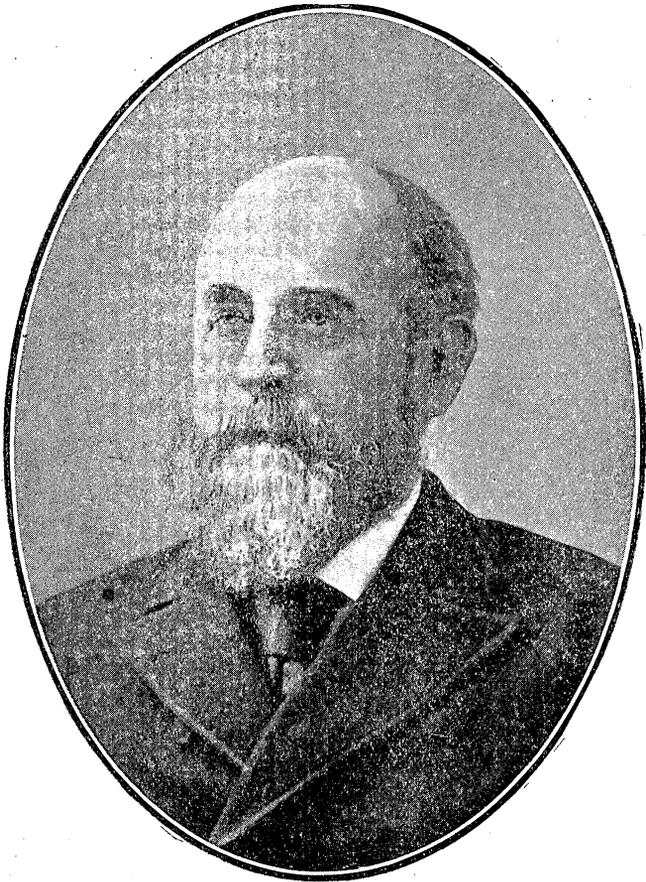
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

Henry George

(2 de septiembre de 1839 - 29 de octubre de 1897)



“La verdad que he tratado de esclarecer no será aceptada fácilmente. De otro modo hace mucho tiempo se habría aceptado y nunca hubiera sido obscurecida. Pero encontrará amigos tales, que trabajarán por ella, sufrirán por ella y, si necesario fuese, morirán por ella. Tal es el poder de la verdad”.

(Progreso y Miseria).

203

D. 56

V. 16

Datos biográficos de Henry George

Henry George nació el 2 de septiembre de 1839, en Filadelfia. A los 16 años de edad, y siguiendo los impulsos de su espíritu emprendedor, hizo su primer viaje a Australia, que repitió al poco tiempo, ganándose la vida a bordo, unas veces como marinero y otras como sobrecargo. En un intermedio entre estos viajes aprendió el oficio de tipógrafo, dedicando siempre sus ocios a la lectura y al estudio, a que era muy aficionado.

En 1858 se estableció en San Francisco de California, y se unió a una expedición a las minas de oro, célebre por su fracaso, teniendo que retornar a San Francisco, donde se casó y donde nacieron sus hijos. Allí fué donde sufrió extremada indigencia debido a la crisis industrial que por entonces atravesaba aquella región.

Salió de tal situación por su propio esfuerzo, y debutó como periodista, sacándole el director del periódico de las cajas de imprenta a la tarea de "repórter", de donde, en vista de sus condiciones de escritor, pasó en seis meses al cargo de redactor jefe. Al mismo tiempo que desempeñaba estos cargos, escribía artículos para diversas revistas.

En su primera visita a Nueva York, adonde fué representando a su periódico, le asaltó a la mente el problema de la causa de la miseria en medio de la abundancia de riquezas de las grandes ciudades, y empezó a investigar de dónde provenía y cómo podría curarse. Desde aquel momento se dedicó con

el mayor frenesí a los estudios económicos, para resolver este problema, lo que llevó a cabo con su magnífica obra, monumento de lógica y maravilla de suprema elocuencia. Desde entonces se hizo el firme propósito, que cumplió con la mayor exactitud, de dedicar el resto de su vida—vinieran para él buenos o malos tiempos—a la propaganda y enseñanza de su sistema filosófico y económico.

De regreso a San Francisco, fundó un periódico, que por no someterse a las exigencias del privilegio, quedó arruinado por esta formidable potencia. Vuelto otra vez a la indigencia, solicitó y obtuvo de su amigo el gobernador Irwin, del estado de California, la plaza de inspector de los contadores de gas, merced a lo cual pudo, en agosto de 1877, comenzar a escribir su monumental libro "Progreso y miseria", que terminó en marzo de 1879.

No encontrando editor que lo publicara, él mismo hizo la primera edición, trabajando como tipógrafo. Al año siguiente dos editores, Appleton, de Nueva York, y Kegan Paul, de Londres, se encargaron de hacer las sucesivas tiradas, y más tarde se traducía a todos los idiomas del mundo civilizado.

Mientras continuaba la propaganda de sus ideas, ya por medio de la palabra, ya por la prensa, ya por el libro, escribió las siguientes obras que aparecieron al público en el orden en que las citamos:

"La cuestión de la tierra", "Problemas sociales", "¿Protección o libre cambio?" (obra de mayor circulación y éxito que "Progreso y miseria", "La condición del trabajo" (carta abierta al Papa León XIII), "Un filósofo perplejo" (en que fustigó al apóstata Heriberto Spencer) y "La ciencia de la economía política", que la muerte no le dejó concluir. Escribió, además, miles de artículos y pronunció miles de discursos, y acudiendo a todas partes donde era requerido, abrió pública discusión con sus contradictores.

Desde 1881 se instaló en Nueva York, donde continuó difundiendo sus doctrinas y requerido por sus discípulos, viajó por Inglaterra, Escocia, Irlanda y Australia, entusiasmando a las muchedumbres con su poderosa elocuencia. Murió en plena campaña a la salida de un mitin electoral, cuando iba a ser elegido alcalde de Nueva York, el 29 de octubre de 1897, siendo enterrado en la pequeña colina Greenwood, en Nueva York, ante 100.000 personas que siguieron su cortejo fúnebre.